

§ VII. — *Reforma administrativa y territorial. — Nueva división administrativa y centralización.*

Queriendo la Asamblea borrar todo rastro de las antiguas divisiones de Francia en provincias y en países de Estado ó de elección, resolvió efectuar una división nueva que sirviera para todas las ramas de la administración. Y el 13 de enero de 1790 decretó que Francia sería dividida en 83 partes casi iguales en extensión superficial, á las cuales dió el nombre de departamentos.

Esas divisiones fueron entendidas de modo que reunieran las poblaciones de lenguas y orígenes diversos, para acelerar su fusión. Los nombres de los departamentos se sacaron de los ríos que los fecundan ó de su situación geográfica, evitando todo cuanto pudiera recordar la antigua división por provincias. Se quiso que no hubiese más bretones, normandos, etc., sino sólo franceses. Cada departamento se dividió en *distritos*, éstos en *cantones* y los cantones en *ayuntamientos*.

Al frente del departamento había un *directorío* permanente, un *procurador general síndico* y un consejo de 36 miembros, que se reunían una vez al año por lo menos.

Toda la organización, la administrativa, la jurídica, la eclesiástica, tenían por base la nueva división. Así no había la verdadera madeja que existiera antes de 1789. Todas esas ramas iban á parar al mismo centro, al rey ó á la asamblea, y no quedó en el Estado sino una sola fuerza que daba la impulsión á todo lo demás, de modo que en nombre de la libertad se llegó á la centralización, y el absolutismo de la monarquía fué reemplazado por el de la Asamblea salida de la soberanía popular.

CAPÍTULO IV.

DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA.

La Asamblea constituyente había caracterizado el primer período de la Revolución. Sus reformas fuvieron como resultado la constitución de 1791. Establecióse una monarquía constitucional; pero el poder real se hallaba desmesuradamente debilitado y el poder legislativo, conferido á una cámara única, sin contrapeso alguno, hacía de esa monarquía bastarda una especie de república. La Asamblea legislativa caracterizó el segundo período. El partido constitucional fué reemplazado por el republicano, y la Asamblea dió el 10 de agosto golpe mortal á la realeza. Toda su historia es la preparación de ese gran acontecimiento, que viene á ser el desenlace del drama cuyos episodios se desarrollaron durante los diez primeros meses de su existencia. La Constituyente había derribado la monarquía absoluta; la Asamblea Legislativa dió en tierra con la constitucional; y la Convención proclamó la República.

§ I. — *Declaración de guerra al Austria. — El 10 de agosto.*

**Apertura de la Asamblea Legislativa.** (1<sup>o</sup>. octubre 1791). — Á propuesta de Robespierre, la constituyente había decretado que ninguno de sus miembros podría formar parte de la Asamblea Legislativa. Esa medida ocultaba graves peligros, bajo falsas apariencias de desinterés. Tenía en primer lugar el inconveniente de no hacer entrar en la nueva cámara más que hombres nuevos, que carecían de la experiencia de los negocios y, en el pensamiento de sus autores, debía desmembrar y debilitar el partido constitucional, que había tenido sus principales representantes en la Constituyente.

Las elecciones se hicieron bajo la impresión que la huída del rey había causado en el reino. Los demagogos explotaron ese acontecimiento y la mayor parte de los diputados fueron elegidos de entre los *hermanos* y *amigos* de los clubs y de las sociedades fraternales. La asamblea se componía de 745 miembros. El antiguo

lado derecho de la Constituyente desapareció. Duport, Barnave y Lameth, que pertenecieron al lado izquierdo de la asamblea precedente, dirigieron la derecha en la segunda. Hallábanse firmemente dispuestos á sostener con energía el rey y la constitución y por ese motivo tomaron el título de *partido constitucional*. Esos hombres políticos desarrollaban sus doctrinas en el club de los Fuldenses (*Feuillants*), donde se reunían para ponerse de acuerdo sobre las medidas que había que tomar.

El departamento de la Gironda había enviado á la asamblea hombres cuya fama se ha conservado bajo el calificativo de partido de los *Girondinos*. Ese partido era republicano á la manera de Roma y de Atenas. Su patriotismo se inspiraba en sus recuerdos clásicos, y el culto que tributaban á la antigüedad llegaba á hacerles aceptar la facilidad de costumbres y principios de aquellos tiempos. Vergniaud, Gaudet, Gensonné, fueron los oradores de ese partido; Brissot, Condorcet y Petión sus jefes. Todos ellos frecuentaban el club de los Jacobinos, cuya expresión viva era Robespierre. Ese club tenía su tribuna, y sostenía activa correspondencia con sociedades análogas, dispersas por toda la superficie del territorio de Francia. Sus protestas contra la emigración eran constantes, y además condenaba la moderación de la asamblea, y provocaba en la constitución modificaciones importantes. Por otra parte, el club no ocultaba su odio contra el poder real, ni sus opiniones democráticas y republicanas.

La parte izquierda de la asamblea había recibido el nombre de *Montaña*, porque sus miembros tomaban asiento en los bancos más elevados de la sala. Sus jefes eran: el monje apóstata Chabot, Basire, hijo del portero de los Cartujos de Dijón, y Couthón, cuyo cuerpo paralítico servía de albergue á un alma violenta, que no se cansaba de insultar á los partidarios de las doctrinas monárquicas. Los *Montañeses* llenaban el club de los Jacobinos, cuya parte más activa eran. Pero co-

mo en ese club se observaban todavía ciertas formas decentes, los *sans-culottes* (se traduce por *descamisados*), los verdaderos revolucionarios de los barrios extremos preferían el club de los *Franciscanos*, que contenía cuanto había de más grosero y exaltado entre los demagogos. Dantón dominaba en ese club con su estatura de atleta y su voz de trueno; Camilo Desmoulins era el escritor y el publicista de la secta.

#### **Primeros actos de la asamblea legislativa.**

— La asamblea celebró su primera sesión el 1.º de octubre de 1791. Con arreglo á la ley, se dividió en secciones, y procedió al examen de actas. Habiendo terminado esa operación el 4 de octubre, todos los diputados presentaron juramento á la constitución y delegaron sesenta de sus colegas, para que se presentaran á decir al rey que la asamblea estaba presta á dar principio á sus trabajos. Luis XVI cometió la falta de hacer esperar varias horas á los delegados, antes de admitirlos en su presencia, y de ahí resultó en la Asamblea cierta irritación contra el rey. Resolvióse que en lo sucesivo no volverían á emplearse las denominaciones de *majestad* y de *señor* y que, en la sesión regia, Luis XVI y el presidente de la asamblea se sentarían en dos sillones iguales colocados en la misma línea. Este último acuerdo fué anulado; pero cuando el rey se presentó á abrir la sesión, los diputados permanecieron cubiertos, contra lo que era antigua costumbre.

Habiendo dado Bailly su dimisión de alcalde de París, fué nombrado Petión para reemplazarlo. Manuel recibió el cargo de procurador del Ayuntamiento, y Dantón el de sustituto agregado. Los Jacobinos y los franciscanos se repartieron de ese modo la influencia municipal. La asamblea excitada por los clubs, decretó en su sesión del 29 de Noviembre, que los sacerdotes no juramentados serían privados de los sueldos, pensiones é indemnizaciones que se les debían en virtud de las leyes de la Constituyente, y que además quedarían sometidos á la vigilancia de los directores de los de-

partamentos, que podrían, en caso de turbulencias, alejarlos de sus domicilios. Ese decreto fué agravado después por una ley más violenta aún, que los condenaba á la deportación.

**Protestas de los emigrados y de los príncipes de la sangre.** — En eso estaban las cosas, cuando los emigrados de Coblenza protestaron contra la aceptación del acta constitucional impuesta á Luis XVI, declarando ante Francia que la aceptación del rey era nula y sin valor, porque no había sido voluntaria. Los dos hermanos del rey, el príncipe de Condé, los duques de Borbón y de Enghien, firmaron ese documento. Luis XVI desautorizó las tendencias que los emigrados le prestaban, y la asamblea decretó el 28 de octubre que el hermano del rey, regente presunto, debería volver á Francia en el plazo de dos meses, bajo pena de perder las prerrogativas que le concedieran la constitución y su cuna. Además en 9 de noviembre pronunció pena de muerte contra los emigrados que no se dispersaran antes del 1.º de enero.

Siguiendo los consejos de Barnave y de todo el partido constitucional, Luis XVI sancionó el decreto dictado contra su hermano; pero opuso su *veto* á los dos decretos relativos á los sacerdotes. Entonces mostró la energía que tantas veces le hiciera falta. En vano Camilo Desmoulins y los demás jefes de las secciones multiplicaron sus peticiones y sus amenazas; el soberano se mostró firme contra sus malos intentos, é hizo por lo demás alarde de gran dignidad declarándose presto á sacrificarlo todo para rechazar á los emigrados que quisieran violar la integridad del territorio francés.

**Ministerio de los Girondinos. Declaración de guerra al Austria.** — En medio de las discusiones que suscitaba la dificultad misma de la situación, y habiéndose retirado los ministros constitucionales, Luis XVI recibió en su consejo varias hechuras de la Gironda, entre las cuales se contaban Dumouriez, Ro-

land y Clavière. Dumouriez, que se había puesto en la cabeza el gorro frigio en el club de los jacobinos, empezó por inspirar gran desconfianza á la reina; pero como era hombre dotado de gran habilidad, no tardó en adquirir gran ascendiente sobre el espíritu de la corte. Así fué que determinó á Luis XVI á declarar la guerra al Austria (20 abril 1792). La asamblea aplaudió esa resolución, y Dumouriez trazó en seguida un plan de campaña. La Fayette debía dirigirse de Givet sobre Namur con 10.000 hombres y su propio ejército tenía orden de seguirlo inmediatamente á Bélgica. Mientras Dumouriez debía ejecutar este movimiento, el teniente general Birón quedaba encargado de marchar sobre Valenciennes con 10.000 hombres, dirigiéndose desde allí á Mons. Finalmente, otro cuerpo de ejército debía dar la vuelta á Tournay, velando así el ataque de La Fayette. Dumouriez había prometido grandes victorias; pero las tropas que entraban en campaña no eran disciplinadas ni aguerridas. Así fué que al encontrarse en Quiévrain con el enemigo, se dispersaron sin combate, abandonando á los imperiales sus campamentos y sus bagajes.

Esos primeros reveses llenaron de esperanza á los emigrados y á los extranjeros, exaltando el furor de los revolucionarios. En París se emitían sospechas sobre las intenciones del rey, y se le declaraba responsable de los contratiempos sufridos por sus ejércitos. Pretendíase que si había declarado la guerra á las potencias extranjeras era contra su voluntad, y que sus simpatías ocultas tenían por objeto á los emigrados. Dumouriez se encargó de poner término á esos rumores, y de devolver su popularidad al rey, pero antes exigió que retirara su veto contra la deportación de los clérigos. Habiéndose negado el digno monarca á esa culpable condescendencia, Dumouriez se retiró del ministerio, y los Girondinos fueron reemplazados en el poder por los *Fuldenses*. Ese era, según ya se ha dicho, el nombre del club dirigido por los constitucionales.

**Jornada del 20 junio 1792.** — La Gironda, irritada al ver que la privaban del gobierno, meditó terribles represalias contra el soberano, que no había querido hacerse cómplice de sus excesos. Al efecto, organizó un motín en París, y el 20 de junio se lanzó cuanto esa ciudad contenía de personas sin arraigo hacia el jardín de las Tullerías, gritando: « ¡Abajo el veto! ¡vivan los descamisados! » Santerre se hallaba al frente de esas amenazadoras hordas. Este revolucionario, á la vez que hacia protestas contra la idea de « marchar al asalto de las habitaciones del rey », dejó que la multitud invadiese las diferentes partes del palacio, transportando hasta el primer piso, en hombros de la multitud, una pieza de artillería. Luis XVI que oyó todo ese tumulto, mandó á los palaciegos que abriesen las puertas de su cámara, y se presentó ante el populacho frenético, diciéndole con calma. « Aquí estoy. » Los que lo rodeaban lo excitaron á pasar á otro salón más grande, para oír sus peticiones. El rey lo hizo así efectivamente.

Después de haber respondido con nobleza y dignidad, gritó como los amotinados: « ¡Viva la nación! » y aceptó un gorro frigio que le presentaron en la punta de una lanza, cubriéndose con él la cabeza. El rey parecía sumamente cansado, y por su frente corrían gruesas gotas de sudor; un hombre, medio ebrio, que tenía en la mano una botella y un vaso, le ofreció de beber. El rey apuró el líquido en medio de los aplausos de la multitud. Madama Isabel, que seguía al soberano para compartir con él los peligros de aquel día, oyó las vociferaciones de la multitud que creía ver en ella á la odiada reina. Los guardias nacionales quisieron sacar de su error á aquellos furiosos; pero la generosa princesa les dijo: « Dejadlos que lo crean, y salvad á la reina. »

Al tener la asamblea noticia de esos desórdenes, envió una diputación al rey para poner á cubierto su vida. Y hora y media después de la invasión del palacio, apa-

reció al fin Petión, alcalde de París. Acercóse al soberano y le dijo: « Nada temáis, pues estáis en medio del pueblo. » Luis XVI tomó entonces la mano de un granadero y, poniéndosela sobre el corazón, le preguntó: ¿ Late acaso más rápidamente que de ordinario? » Petión se subió á una silla y pidió al pueblo que se retirase. Los girondinos, que habían querido rebajar el poder real, creyeron haber logrado su intento.

**La patria es declarada en peligro** (11 julio 1792). — La Fayette pidió en vano á la Asamblea nacional la autorización de perseguir á los instigadores del 20 de junio. La corte le negó su apoyo, y esa generosa iniciativa estuvo á punto de costar muy cara al general. Ese fracaso aumentó la audacia del partido popular, y no tardó en alarmarse el reino entero, al saber que los prusianos habían roto la neutralidad. Esas tropas marchaban hacia adelante por Coblenza, en número de 80.000 hombres, á las órdenes del duque de Brunswick. No se les podían oponer sino fuerzas muy insignificantes, y el enemigo podía encontrarse en París en seis semanas.

Todo el mundo decía que *la patria estaba en peligro*; pero ninguno hacía nada para conjurar la tormenta. Los partidos se acusaban mutuamente de lo que ocurría: los constitucionales y los realistas hacían á los facciosos responsables de la situación; los jacobinos y los patriotas se elevaban contra el *veto*, contra el *poder ejecutivo* y contra *palacio*. En las esquinas aparecían pasquines incendiarios que recomendaban la abolición de la monarquía, y hubo periódicos que no vacilaron en hacerse órganos de tales doctrinas. Después de prolongadas discusiones, el presidente de la Asamblea pronunció al fin, como en otra época en Roma, la fórmula solemne: « ¡Ciudadanos, la patria está en peligro! » Al mismo tiempo se declararon permanentes las sesiones y los cañonazos disparados en ese instante, anunciaron á Francia aquella terrible crisis.

Tres días después se celebró el tercer aniversario de la Revolución (14 julio 1792); pero nada recordaba la primera fiesta de la Federación. En vez de un altar magnífico, se habían levantado 83 tiendas, que representaban los departamentos franceses. El rey, la asamblea, y los cuerpos administrativos de París tenían también sus tiendas, y todo inspiraba terror en ese aparato militar. En el centro de vasta pira se había colocado un árbol inmenso, y sus ramas estaban cargadas de cordones azules, de coronas, tiaras, capelos cardenalicios, birretes de doctores, escudos de armas, y sacos de los que empleaban para sentarse los magistrados. Ese árbol recibió el nombre de árbol del feudalismo y el rey fué invitado á pegarle fuego: pero Luis XVI se negó, diciendo que el feudalismo había dejado de existir. Esa jornada transcurrió sin incidente notable alguno.

Una vez en las Tullerías, Luis XVI se sintió satisfecho, al considerar los peligros á que había escapado; pero sin hacerse ilusión alguna respecto del provenir. Por todas partes no oía más que las maldiciones de los revolucionarios, y las acusaciones en que lo hacían responsable de los males que amenazaban á Francia. Esos facciosos estaban dispuestos á destronarlo inmediatamente, pero comprendían que la nación necesitaba aún un jefe, y que no tendrían á nadie capaz de desempeñar ese puesto. Camilo Desmoulin, Robespierre, Marat y Dantón no eran considerados capaces de sostener tan pesada carga.

**Manifiesto del duque de Brunswick.** (25 julio). — Así estaban las cosas, cuando llegaron á París los marseleses, en número de quinientos, y entre ellos multitud de hombres de ánimo sumamente exaltado. Santerre les dió un banquete en los Campos Eliseos, y su presencia aumentó la audacia y turbulencia de las secciones. Éstas publicaron entonces un *Mensaje de los ciudadanos de París al ejército francés*, en el cual excitaban á los soldados á desconfiar del rey y de La

Fayette. También hablaban de hacer pronunciar á la asamblea la destitución de Luis XVI, y el Ayuntamiento había tomado sus medidas para poner la fuerza armada en manos de los sediciosos. El manifiesto del duque de Brunswick, que mandaba los ejércitos de Prusia y de Austria, estalló como una bomba en medio de ese pueblo delirante, y llevó hasta el paroxismo la irritación.

Ese documento era una amenaza solemne lanzada por los reyes de Europa á la Revolución francesa. En él la excitaban á someterse, y se añadía que si Francia se atrevía á resistir, la desmembrarían, reduciendo París á un montón de ruinas. Tan famoso manifiesto no sirvió más que para unir en apretado haz á los revolucionarios de todos colores y partidos, y la Revolución comprendió que no le quedaba como alternativa, sino la victoria ó la muerte.

**Jornada del 10 de agosto.** — Todos los jefes de club hicieron comprender al pueblo que la mejor manera de acabar con aquellas dificultades era de derribar en el acto la monarquía. Las secciones se declararon en permanencia y el 3 de agosto dieron á Petión el encargo de pedir á la asamblea la destitución del rey. Esa proposición, oída con asombro al principio, fué aplazada para discutirla en 9 del mismo mes. El comité insurreccional de los federales organizó un motín para el mismo día.

En la noche del 9 al 10 de agosto, se tocó á rebato, y resonó universalmente el grito de *¡á las armas!* El palacio del rey fué asediado en un instante. Los suizos y los guardias nacionales que defendían al rey, habían recibido la orden de no atacar, rechazando la fuerza. Røederer, que desempeñaba las funciones de procurador síndico, viendo el furor de la multitud, aconsejó al rey y á su familia que se refugiasen en el seno de la asamblea para poner en seguridad su vida. Con el sólo hecho de alejarse, Luis XVI abandonaba la victoria al pueblo; pero su repugnancia contra todo derramamiento de sangre era muy grande, y por eso siguió el

consejo que le daban. Al hallarse en medio de los diputados, dijo: « Vengo aquí para evitar que se cometa un gran crimen, y tengo la seguridad de que en ninguna parte correrá mi vida menos riesgo que aquí. » No bien hubo pronunciado esas palabras cuando se oyó el estampido del cañón por la parte del palacio, donde se había trabado sangriento combate. Á pesar del furor del pueblo, la victoria se hubiese declarado en favor de las gentes del rey, de no dar Luis XVI orden de cesar el fuego. Entonces la multitud, que se encontró dueña de las Tullerías proclamó su victoria lanzando gritos frenéticos; la asamblea legislativa no tuvo ya más que hacer que sancionarla por medio de un decreto. Y sin vacilar, en presencia del rey y de su familia, declaró provisionalmente desposeído de su poder á Luis XVI, y decretó que se eligiese una convención nacional, para dar á Francia nuevas instituciones políticas.

**El movimiento comunalista.** — Durante tres días, el rey y la familia real permanecieron encerrados, fuera en las dependencias del Picadero, fuese en las habitaciones del taquígrafo. El 14 los hicieron salir de ese retiro provisional, para llevarlos al antiguo convento del Temple, que se convirtió en su prisión definitiva. La asamblea se hallaba entonces dominada completamente por los clubs y sobre todo por el ayuntamiento de París. Los nuevos ministros, Roland, Clavière, Lebrún, se constituyeron en consejo ejecutivo; su jefe era Dantón, que había sido nombrado ministro de la justicia. La monarquía y la república se encontraron entonces en presencia; pero la monarquía expiraba, mientras que la república se hallaba en vísperas de su advenimiento. La asamblea no estaba ya á la altura del movimiento revolucionario; todo el mundo lo comprendía y eso era lo que daba tanta fuerza al Ayuntamiento. Este hizo regularizar todos los poderes de que había sido investido desde la noche del 10 de agosto, y de ese modo tuvo en sus manos la guardia nacional y todas las fuerzas vivas de la nación. Habiendo triunfado

los sedicios, y habiéndose colocado el rey con su familia bajo la protección del Ayuntamiento, esto es, de los insurrectos, éstos perdieron por completo los estribos. Los jefes del partido constitucional fueron acusados, y los revolucionarios no se cansaron de excitar al pueblo, presentando á París lleno de conspiradores dispuestos á salvar á Luis XVI y á entregar la Francia al yugo del extranjero.

**Matanzas de los días 2, 3, 4, 5 y 6 de septiembre.** — Los prusianos se habían apoderado de Longwy el 26 de agosto; esa noticia sembró el espanto en los corazones. Tratóse en el acto de poner en pie un ejército; pero á la vez que se marchaba contra el enemigo exterior, era necesario, según decían, precaverse contra los traidores. Con tal propósito, fueron detenidos todos cuantos habían tenido relaciones con el rey y que pasaban por permanecer fieles á la antigua monarquía. Esos *sospechosos* empezaban á llenar las prisiones cuando se extendió la noticia de que Verdún había sido tomado por los prusianos, lo mismo que Longwy. Ordenase entonces un alistamiento en masa. El pueblo corre á las armas, y en su delirio, se encamina á las prisiones, llenas de nobles, de clérigos y de supuestos aristócratas. Las matanzas empezaron el 2 de septiembre y duraron hasta el 6. Los sacerdotes que estaban detenidos en los carmelitas fueron degollados, y Billaud-Varenes, testigo ocular de esas atrocidades, animaba á los asesinos diciendo: « Pueblo, inmolás á tus enemigos y así cumples con tu deber. » Después de la matanza, Maillard dió de beber á los *valerosos trabajadores que hacían libre á la nación* y los condujo á la abadía, á San Fermín, á la Force y Bicêtre. En la Force es donde estaba la princesa de Lamballe, María Luisa de Saboya, nuera del duque de Penthièvre y amiga predilecta de María Antonieta. Queriendo salvarla, sus verdugos le dijeron: « Jura que odiarás al rey, á la reina y á la monarquía. » — « No puedo, contestó; ese sentimiento no existe en mi corazón. »

Entonces los asesinos se arrojaron sobre ella, le cortaron la cabeza, y mutilaron su cuerpo con horrible barbarie. Uno de esos bandidos clavó en su pica el corazón y la cabeza de la hermosa dama, y esos horribles trofeos fueron paseados por todo París. Presentáronlos al duque de Orleans, que los miró fríamente y volvió á sentarse á la mesa : desde allí fueron al Temple. María Antonieta cayó sin sentido al verlos.

Hubo también matanzas en Meaux, Reims, Lyon y Versalles, y las hubiese habido en toda Francia de haber encontrado los Jacobinos número suficiente de verdugos. La asamblea legislativa no tuvo fuerza suficiente para reprimir esos actos de bandolerismo, y se disolvió en los momentos en que el Terror reinaba en todas partes, como consecuencia de esos deplorables atentados (20 de septiembre).

#### § II. — Campaña de 1792.

**Reveses en Bélgica.** — Las primeras operaciones de los ejércitos fueron estorbadas por los celos mutuos de los generales y se convirtieron en reveses. Los soldados de Biron, que debían dirigirse desde Valenciennes sobre Bruselas por Mons, habían sido presa de terror pánico, huyendo antes de divisar al enemigo. Los de Dillón habían acusado de traición á sus jefes, y después de dar muerte á su general, se desbandaron al grito de *sálvese el que pueda* (30 de abril).

El rey de Prusia Federico-Guillermo II, envalentado por sus triunfos y por las esperanzas que le hacían concebir los emigrados, reunió en Coblenza un ejército de 60.000 hombres (10 de julio) y resolvió invadir la Francia. Estaba sostenido por los austriacos y los emigrados, que formaban dos cuerpos más, uno de 26.000 y otro de 20.000 hombres.

**Invasión de Francia.** — Los prusianos entraron en Francia, presentándose delante de Longwy el 19 de agosto. Esa población capituló al día siguiente sin presentar la más mínima resistencia. La asamblea orde-

nó que se la arrasara y que sus habitantes fuesen privados durante diez años del derecho de ciudadanía. — « ¿Qué podíamos hacer? » preguntó uno de ellos. — « Morir », le respondieron.

El dos de septiembre se rindió Verdún. La municipalidad no había querido defenderse. Su comandante, Beaupaire, se negó á firmar la capitulación. « He jurado salvar la patria ó perecer, dijo, y cumpliré mi juramento. » Y cogiendo una pistola se saltó la tapa de los sesos en la sala misma del consejo.

El camino de París quedó con eso abierto al enemigo, y la división era grande entre los generales y las tropas francesas. Al tener noticia de los acontecimientos del 10 de agosto, La Fayette había querido sostener la causa de la monarquía y comprimir el movimiento revolucionario de los Jacobinos. La asamblea decretó su acusación, y él entonces quiso refugiarse en un territorio neutral, pero fué detenido el 20 de agosto cerca de Varennes. El rey de Prusia lo trató de criminal y lo llevó de prisión en prisión, de Wesel á Magdeburgo, y de ese modo amenazó de manera muy impolítica, con los más severos castigos, á todos los franceses que habían tomado parte en la revolución. La Fayette fué encerrado en la ciudadela de Olmutz, donde permaneció hasta el tratado de Campo-Formio en 1797.

**Dumouriez detiene la invasión.** — Dumouriez detuvo en su marcha á los ejércitos invasores. Ese general había tomado parte en la guerra de Siete-Años, durante el reinado de Luis XV, y se había distinguido en Polonia combatiendo á los rusos y en Córcega luchando contra Paoli. Luis XVI le otorgó el mando de Cherburgo y le nombró mariscal de campo en 1788. Cuando estalló la revolución, Dumouriez se había mostrado partidario de las nuevas ideas, llegando á ocupar el ministerio de negocios extranjeros el 15 de marzo de 1792, gracias á su alianza con los Girondinos. Nombrado general en jefe del ejército del Norte, resol-

vió detener la invasión ocupando los cinco desfiladeros que atraviesan el bosque del Argonne; *Islettes*, *Chalade*, *Grand Pré*, *Croix aux Bois* y *Ghène populeux*; y el 4 de septiembre escribió al gobierno: « Los pasos del Argonne son las Termópilas de Francia; pero yo seré más afortunado que Leonidas. »

Sin embargo, el príncipe de Ligne forzó la *Croix aux Bois*, uno de esos desfiladeros el 13 de septiembre. El camino de *Chalons* quedaba abiento y cortado en dos el ejército francés. Dumouriez burló la vigilancia del enemigo y sin que éste lo viese salió del *Grand Pré* para dirigirse á *Sainte Menehould*, á donde llegó el 17 después de veinte horas de marcha reuniéndose con los generales *Chazot* y *Beurnonville*, de modo que sus fuerzas quedaron duplicadas.

Los prusianos hubiesen podido marchar sobre París; pero cansados como estaban, á fuerza de toda clase de privaciones, no se atrevían á avanzar por los caminos cubiertos de lodo, dejando detrás de sí los ejércitos franceses.

**Victoria de Valmy** (20 de septiembre). — *Kellermán*, que marchaba desde *Metz* por *Bar-le-Duc* con 15.000 hombres, efectuó su reunión con Dumouriez el 20 de septiembre, y ocupó las alturas de *Valmy*. Los prusianos dirigieron todos sus esfuerzos contra ese punto. Sabiendo que los soldados de *Kellermán* eran sólo quintos nuevos, hijos de sastres y de zapateros como los llamaban desdeñosamente, se imaginaron los prusianos que no podrían resistir á las columnas compactas del duque de *Brunswick*. *Kellermán* dejó, sin disparar un tiro, que sus enemigos se acercaran, y entonces lanzó sus tropas para que cargasen á la bayoneta, al grito de: ¡Viva la nación! Los prusianos estupefactos retrocedieron, y mientras bajaban de prisa desde las alturas, los destrozó la artillería de Dumouriez.

Dos días más tarde, *Federico Guillermo* envió á su ayudante de campo *Manstein* á negociar con Dumouriez. El rey de Prusia ofrecía retirarse, volviendo á

pasar la frontera, con tal de que Luis XVI fuera restablecido en su trono. Dumouriez enseñó entonces á *Manstein* una carta que acababa de recibir de París anunciándole que ya se había proclamado la República.

Los prusianos esperaron ocho días más antes de pronunciarse en retirada. Al fin, careciendo de víveres, decimados por las enfermedades, se retiraron el 1.º de octubre. Dumouriez hubiese podido destruir ese ejército; pero se limitó, en cumplimiento de las órdenes que tenía, á llevarlos hasta la frontera. Por ese medio se quería captarse la buena voluntad del rey de Prusia, separándolo de la coalición.

**De los éxitos obtenidos por los demás ejércitos.** — Mientras Dumouriez rechazaba la invasión prusiana, los austriacos no llevaban en Flandes mejor suerte que sus aliados. El 9 de septiembre habían atacado á *Lille* con 34.000 hombres, al mando del duque *Alberto de Sajonia Teschen*, gobernador de los Países Bajos. Durante doce días bombardearon la ciudad, lanzando dentro de sus muros más de 60.000 proyectiles, balas rojas y bombas incendiarias. Así destruyeron más de 700 casas; pero nada desanimó á los habitantes. Un barbero hizo una bacía de un pedazo de obús que acababa de reventar. Otro hombre, que estaba al servicio de una pieza de artillería, recibió recado de que su casa estaba ardiendo, y contestó: « Fuego por fuego, mi puesto está aquí » y continuando preparando su cañón. De esa manera se logró que los austriacos se pronunciasen en retirada el 8 de octubre.

*Custine*, que había recibido encargo de proteger la *Alsacia* tomó con escasas fuerzas *Worms*, *Maguncia* (31 octubre) y *Francfort* (1.º Noviembre).

*Montesquiou*, que mandaba el ejército del *Mediodía*, entró en *Chambery* (24 septiembre) y llevó á cabo la conquista de *Saboya*, mientras *Anselmo* tomaba el condado de *Niza*. La *Saboya* votó por inmensa mayoría su anexión á Francia, y formó el departamento de *Mont-Blanc*.

**Batalla de Jemmapes** (6 noviembre). — Esa campaña acabó con la batalla de Jemmapes, dada por Dumouriez el 6 noviembre á los austriacos, que se hallaban atrincherados en número de 20.000, delante de Mons, sobre unas colinas cubiertas de bosque, apoyándose además en las villas de *Jemmapes*, de *Cuesmes* y de *Quaregnón*. El duque de Chartres, que andando el tiempo debía ser el rey Luis Felipe, se distinguió en esa batalla por su valor y sangre fría. Por entonces no tenía más que diez y ocho años, y ya había llamado la atención en Valmy.

La consecuencia de esa victoria fué que los franceses entrarón el 7 en Mons, y el 14 se hallaban en Bruselas. Las ciudades de Malinas y Amberes se rindieron, y Bélgica entera cayó en poder de las tropas de Dumouriez. Ese país fué organizado en república análoga á la francesa, y aquel general recibió enhorabuenas de todos los partidos.

## CAPÍTULO V.

### LA CONVENCION NACIONAL (1792-1795).

Las ideas revolucionarias llegan durante la Convención á su mayor grado de desarrollo. La Constituyente había privado á Luis XVI de su libertad; la Convención lo hizo subir al cadalso. Los Girondinos no tardaron en parecer republicanos demasiado tímidos, y pagaron con la vida su supuesta moderación. Entre los Montañeses, se hizo sospechoso el mismo Dantón, y Robespierre lo hizo ejecutar. La dominación de este fogoso tribuno llenó á Francia de sangre, y su reinado fué el del terror. Pero una vez que la Revolución se vió arrastrada á excesos semejantes, fué imposible sostenerse. Robespierre vió declararse en contra suya á sus antiguos amigos, y según ocurre en todas las crisis sociales, el bien salió del exceso mismo del mal. La Convención cerró el club de los Jacobinos y se opuso á los furros de aquellos hombres sanguinarios; y tal remordimiento causó á aquella asamblea la sangre vertida que, por el último de sus decretos, pronunció la abolición de la pena de muerte,

§ I. — *Proceso y muerte de Luis XVI. — Á contecimientos que precedieron al Terror (1792-1793).*

#### **Apertura de la Convención** (21 septiembre 1792).

— La Convención se reunió en las Tullerías el 21 de septiembre de 1792. Sus miembros se elevaban á 749. Las elecciones se habían efectuado en medio del terror producido por las matanzas de septiembre. En París, el Ayuntamiento se apoderó del movimiento electoral, é hizo nombrar á los republicanos más exaltados, partidarios todos de aquellos crímenes. Robespierre, Dantón, Manuel, Camilo Desmoulins, Robespierre el menor, Fabre d'Eglantine, Billaud-Varenes, Collot-d'Herbois, Legendre, Robert, Frerón, Panis, Sergent, David, Luis Felipe Igualdad (duque de Orleans), y el cínico Marat, fueron los diputados de la capital.

Los demagogos ejercieron también gran influjo en los departamentos, y los nombramientos obedecieron en general á las mismas inspiraciones.

La *Gironda* ocupaba el lado derecho de la Asamblea, y por un momento pudo creerse que esos republicanos austeros dominarían durante la legislatura. Tenían la superioridad del talento y se habían granjeado el favor de la opinión haciendo afectado alarde de virtudes antiguas, únicas que entonces toleraban. Pero la *Montaña* tenía la audacia y el furor, y en los tiempos de anarquía, el triunfo está reservado siempre para los hombres más apasionados y vehementes. Habiendo pedido los Girondinos que se condenase al Ayuntamiento por los excesos que durante cuarenta días autorizara, se rechazó la proposición. También pretendieron que se dictaran medidas severas contra los bandidos que se habían extendido por toda Francia para renovar las matanzas que consternaron á París; pero los hombres sanguinarios que habían provocado aquellos atentados, alzaron la voz en nombre de la humanidad, bajo el pretexto de que precisaba abstenerse de dictar leyes demasiado severas. Finalmente,